Cuentos del Valle

Cuentos ganadores concurso de cuentos Pacific Hydro Chile
2016 a 2019

PacificHydro

Estimado lector,

El libro que tiene en sus manos es una recopilación de los ganadores del concurso de cuentos organizado por Pacific Hydro Chile durante cuatro versiones realizadas entre el 2016 y 2019. Los cuentos han sido mínimamente intervenidos pues creemos que parte de su riqueza está en la originalidad y libertad con la que fueron escritos por sus autores.

Estamos convencidos de que esta obra será un aporte a la preservación de la memoria y al rescate de la tradición oral de transmisión de historias que existe en las familias del Alto Cachapoal de generación en generación.

Cuando celebramos 20 años de presencia en Chile y específicamente en el valle del Cachapoal, nos sentimos orgullosos de producir energía limpia y de haber contribuido en todo este tiempo, a través de los programas y acciones que hemos implementado en conjunto, al desarrollo material y cultural de las comunidades con las que compartimos el mismo territorio.

Los invitamos a recorrer las siguientes páginas y maravillarse con las historias.

Saluda
Juan Pablo Villanueva
Gerente Ejecutivo de Recursos Humanos, Asuntos Corporativos y Relaciones Comunitarias

PacificHydro

Índice

Historia de Cordillera 7
El jinete inalcanzable 11
La virgen y sus duendes 14
Un café pendiente 18
El sueño de Felipe 24
Las mujeres de Callen 29
El puma y las historias de los papis 33
El loco Valdivia 39
El futbol de los animales 44
Una pequeña aventura en la Cuenca del Alto Cachapoal 47
El amor de Coya y el joven Pangal 58
Los Apestaditos 62
Mamá Chepa 67
En el Alto Cachapoal con la familia Moreno y sus apodos 71
Pepitas de Oro 74
Un viaje hacia la Piedra del Contrabando 80
El paraíso en la tierra 87
El origen del Río Cachapoal 91

Historia de Cordillera

Había una vez, en el interior de una localidad llamada Cortaderal, diversas especies de aves. Al mirar el cielo se divisan bandadas de loros tricahues, allí también habitaba una pareja de pumas: Muñaltun que era hembra y en mapudungun significa libre y Nehuen, que significa fuerza.

Nehuen y Muñaltun paseaban por los cerros en busca de comida. Muñaltun estaba preñada y esperaban su primer hijito. Una tarde de invierno nació el pequeño cachorro: *"Hijo, llevarás por nombre Alun, que significa luz"*, dijo Nehuen. La familia era muy feliz paseando y jugando por los cerros.

- ¿Ves a esos qué andan allí? - Nehuen advirtió a Alun.

- Sí - respondió Alun - Si los veo, ¿qué pasa con ellos, papá? ¿Qué animales son?

- No son animales, son hombres y no debes acercarte a ellos.

- ¿Por qué? - preguntó insistentemente.

- Son peligrosos y ya han perdido el respeto por la tierra y la naturaleza – dijo Nehuen.

- ¡Pero papá no se ven tan feos ni malos!

- Basta Alun - exclamó Muñaltun - Tu padre sabe por qué lo dice. Esos hombres estaban preparando trampas para cazar.

Antonio era un hombre un poco obstinado y gustaba de la caza de animales. Entraba a los cerros y a la cordillera escondido para realizar caza. Él y su grupo terminaron de colocar trampas y se retiraron.

Alun, muy curioso, aprovechando que sus padres descansaban y dormían, estaba con muchas ganas de ir a conocer lo que esos hombres instalaban y recordó que su padre le advirtió que eran peligrosos - Voy despacio: uno, dos, tres, total no hay hombres, ya no será peligroso - caminó con cuidado curioseando por todos lados y sin darse cuenta, pisó una trampa quedándole atrapada una de sus patitas. Gritó y gritó, pero su patita ya estaba lastimada y sus padres no lo escuchaban.

De pronto, Antonio y su hijo revisaban las trampas y al ver que habían cazado Antonio se alegró, pero el hijo no. Al hijo de Antonio no le pareció una escena para alegrarse. Quitó del camino a su padre y quiso ayudar al cachorro, pero sin darse cuenta metió una de sus piernas a una trampa, quedando atrapado y con mucho dolor.

Todo el grupo llegó a mirar la escena de dolor. Nehuen y Muñaltun también corrieron a socorrer a su pequeño. Antonio gritaba por ayuda y su hijo de dolor. Alun ya cansado solo miraba.

- Miren dos pumas ¡Atrápenlos! - dijo uno de los hombres del grupo.

- ¡Basta! - gritó Antonio - Yo soy un padre angustiado por su hijo y ellos también intentan ayudar.

Entre todos pudieron sacar al hijo de Antonio y gracias a su esfuerzo lograron liberar al cachorro, quien corrió donde sus padres y los cazadores se retiraron para nunca volver.

Amanda Pozo Caviedes, 77 años, Coya 2016

El jinete inalcanzable

Hace 40 años atrás aproximadamente, teniendo 24 años, viví una experiencia que hasta el día de hoy, con 69 años aún recuerdo y siempre cuento a mis amigos, nietos e hijos.

Recuerdo que era verano, cerca del año 1970. Hace poco tiempo nos habíamos casado con Juana, mi compañera hasta el día de hoy.
Vivíamos en Perales, a la entrada de “Conque”, específicamente en el callejón “El uno”. A esa edad, con vitalidad y juventud, era deportista y venía de Coya a jugar a la pelota, ya que cada temporada realizaban campeonatos nocturnos.

En esos años, con la escasa tecnología y recursos, me trasladaba en bicicleta, cuando visualicé a un jinete montado a caballo a unos 50 metros de distancia. Al verlo pensé en alcanzarlo, porque creí que era algún compañero que jugaba conmigo. Comencé a pedalear lo más rápido para irme en compañía de él hasta la casa, pero por más esfuerzo que hice para llegar a su lado, no lo logré. Pedaleé más de 10 kilómetros con todas mis ganas y cada vez el jinete que había visualizado se alejaba el más, hasta que llegué a las afueras de mi hogar. En ese momento, comenzó un fuerte aullido de los perros de alrededor y nuevamente, a lo lejos, volví a ver al jinete que intenté alcanzar mientras se perdía por la oscura noche de verano del año 1970.

Nunca encontré explicación a lo vivido esa noche, pero volví a presenciar experiencias similares a esa, donde los escalofríos recorrían mi cuerpo y el camino a casa era cada vez más eterno. Se dice que Perales tiene muchas historias similares a lo que viví, no sé si realmente son todas ciertas, pero por experiencia propia sé que pasaban cosas extrañas en ese lugar, sobre todo de noche. Ahora las recuerdo con nostalgia y se sorprenderían al saber cuántas historias puede contar una persona de la tercera edad.

Luis Contreras Garay, 69 años, Coya 2016

La virgen y los duendes

Corría por allá en el año 1946, cuando mis padres llegaron a Coya. Él trabajaba en Endesa construyendo la Bocatoma Coya, el túnel y el desarenador, ya en ese tiempo los trabajadores comentaban las historias de los duendes.

El sector de las caballerizas, fue un lugar donde cremaron cuerpos de hombres, mujeres y niños que murieron a causa de la peste negra y cólera. Así que en ese lugar que está bajo la canal que lleva al campamento, hay una gran energía y por esa razón fue construida una gruta con la imagen de nuestra señora de Lourdes.

Lo que contaban antiguas personas era que después de las 12 de la noche en ese sector se sienten ruidos raros y pueden verse pequeñas lucecillas que deambulan por el lugar. Y si una persona transita sola por el costado de la gruta en dirección a los puentes salen duendes de mal genio, que atacan a las personas. De esto nos podía dar fe el maestro Reyes que vivía en el desarenador y contaba que cuando venía al pueblo tenía unos raros encuentros con los duendes que habitan en ese sector.

El maestro Reyes, varias veces llegó a su casa todo golpeado, ya que pasaba después de las 12 por ese sector, en donde lo esperaban aquellos místicos seres. Él para no tener miedo, se tomaba algunos tragos en el restaurante de Don Cata, para adquirir valor suficiente para enfrentarse con aquellos mágicos seres de mal genio, que lo salían a esperar en la noche cuando regresaba a su hogar.

Lo que recuerdo, es que nunca ganó una pelea contra los duendes, siempre llegaba magullado y moreteado a su casa por haber perdido la batalla y así como a él, a varias personas les pasó lo mismo, pero por no hacer el ridículo, solo se lo contaban a familiares o a amigos de mucha confianza.

Mis amigos y yo cuando niños jugábamos en ese sector nunca vimos o sentimos algo extraño, pero recordando a un amigo que ya no está con nosotros, una vez comentó que a la hora de la oración había visto varios

enanitos en el bosque que está bajo la gruta. Con mis amigos nos reímos de su historia porque no le creíamos, desatando en él un enojo que le perduró por varios días y desafiándonos a que fuéramos al anochecer a ese sector, pero nunca fuimos ya que siempre nuestros padres nos prohibían ir a jugar a ese lugar.

Han pasado los años y de vez en cuando junto a mi familia visitamos esa gruta y recuerdo lo que les sucedía a algunas personas, especialmente al maestro Reyes. Recorremos ese lugar y les cuento a mis hijas y nietos la historia de los duendes que salen en el sector a atacar a las personas.

Y aprovecho de invitarlos a todos ustedes que leen este pequeño cuento que visiten ese lugar después de las 12 de la noche cualquier día, pero sin haber tomado ningún copete.

José Santos Varas Muñoz, Coya, 2016

Un café pendiente

Mercedes era una mujer pequeña, menuda, de escasas sonrisas; siempre llevaba puesto un delantal amarrado a su cintura, su blanco cabello tomado en un moño en lo alto de su cabeza, le daba un garbo distinto a las demás señoras de esa época, a fines de los años 70.

Cuando la conocí ya estaba sola, sus hermanos Juan y Segundo ya habían fallecido hace bastante tiempo. Ninguno había dejado descendencia, por lo que la familia Zamorano que había llegado a Coya en la década de los 40, se estaba extinguiendo lentamente.

Mi abuela Fidela y Mercedes, tenían una amistad bastante especial, tomaban desayuno juntas todos los días; aprovechaban de reír y conversar

de la vida, luego cada una se iba a sus labores diarias. Mi abuela a planchar a la población americana o a la población A y Mercedes a vender carbón en su casa.

Con el pasar de los años, la soledad, mala compañera decía mi abuela, fue pasándole la cuenta a Mercedes; el cigarro y el vino tinto pasaron a ser sus compañeros en las tardes y noches de esos años, que pasaban lentamente por el cuerpo y corazón de la Mercedita. Como no tenía familia, solo contaba con la compañía de sus gatos. Cada vez que la visitábamos con mi abuela yo los contaba, eran 8 o 10, de distintos colores y tamaños. Mercedita me decía que eran sus compañeros, hijos, amigos y socios, yo le sonreía sin entender por qué me decía eso. Ella me miraba y sabiendo lo que pasaba por mi mente me decía: “mira, son mis compañeros porque no se van y siempre están aquí, mis hijos porque tengo que alimentarlos, cuidarlos y darles cariño, mis socios porque mantienen mi casa libre de ratones para que yo pueda vender carbón tranquilamente, así que son mi única familia”.

Un viernes de abril, mi abuela, como de costumbre, fue a tomar el cafecito matutino con su amiga, yo no había ido al colegio, así que esta vez me invitó a acompañarla. Fuimos las dos a su casa que quedaba frente a la nuestra. Entramos a la cocina, el calor y el olor a carbón me golpeó la cara de una forma cálida y familiar. En el piso de tierra estaba el fogón, sobre éste la tetera, ennegrecida por el hollín, humeaba velozmente

y a su lado, un enorme pedazo de tortilla de rescoldo se calentaba pacientemente. Tomamos desayuno las tres, ellas conversaban y reían, yo jugaba con sus gatos. Después, de un rato nos despedimos, mi abuela no trabajaría así que pasaríamos toda la tarde juntas en la casa.

Más tarde, antes de oscurecer, mi abuela y yo estábamos sentadas afuera de nuestra casa, cuando vimos a Mercedita en su puerta conversando con dos hombres, a uno lo reconocí, era un vecino de nuestra calle, al otro no lo había visto nunca. No sé qué hablaban, pero movían las manos y reían fuertemente y en sus manos divise que portaban un par de garrafas de vino tinto. Esta escena no le gustó a mi abuela y se lo hizo saber a su amiga. Mercedita sonrió y le dijo que no se preocupara, que solo se juntarían a jugar cartas, para acortar la noche que se hacía eterna estando sola. Se despidieron y quedaron en verse a la mañana siguiente como de costumbre.

El sábado llegó más frio, la mañana estaba sombría con un viento que calaba los huesos. Pasaban las horas y Mercedes no aparecía para el café matutino; mi abuela se puso inquieta, aún con su camisa de dormir, se puso un chal en los hombros y atravesó la calle rumbo a la casa de su amiga mientras yo miraba desde el umbral de la mía. Al cruzar la calle, mi abuela empujó la puerta de la cocina, la que se abrió fuertemente ya que no estaba con la tranca y entró rápidamente a su casa.

Al perder de vista a mi abuela, atravesé la calle en pijama y entré a la casa. No había nadie en la cocina, un fuerte y extraño olor me hizo mirar de par en par y solo vi cuatro vasos con restos de licor, sobre la mesa. En el suelo, el naipe estaba tirado junto a muchas colillas de cigarros, el fogón estaba apagado. Busqué a mi abuela y la encontré parada frente a la cama de su amiga, pálida y triste, al acercarme vi que, junto a la cama, en el suelo, estaba Mercedita.

No le vi su rostro porque un recipiente metálico cubría su cabeza, sus ropas estaban arriba de su cintura y sus piernas y partes íntimas tenían unas heridas aún frescas; al sentirme a su lado, mi abuela lanzó un grito agudo y alguien me tomó por la cintura y me saco del lugar.

Lo que recuerdo, después fue ver mucha gente, Carabineros, llantos, silencios y el ir y venir de los vecinos. Cuando pregunté por Mercedita, solo me dijeron que se había ido a juntar con su hermano y que no volvería nunca más. Su casa permaneció cerrada y sus cosas fueron desapareciendo poco a poco, sin que a nadie le importara. La familia Zamorano se había extinguido para siempre.

Pasaron muchos, muchos años, cuando me atreví a hablar con mi abuela de aquel día, ella al recordar lo sucedido hizo que la pena y rabia aparecieran en su rostro. Me dijo que ella siempre supo quiénes fueron los que le quitaron la vida a su amiga, que aun sentía rabia y frustración

porque nadie investigó. A nadie le importó lo que sucedió esa noche, que lo que le sucedió a Mercedita debió ser tan horrible, que sus gatos, sus socios, sus amigos huyeron del lugar para no volver jamás. El consuelo de mi abuela, ante esto, era que su Dios haría justicia en la tierra, por su amiga.

Cada vez que paso por la casa de Mercedes Zamorano, hoy la casa del pensionado de Coya, me parece sentirla, la escucho hablándole a sus gatos, me parece verla sentada en su cocina mirando por la ventana, esperando que llegue ese amor que le fue tan esquivo. Sé que está ahí su esencia, su energía; tal vez por eso dicen que penan en esta casa y estoy segura de que algún día volveremos a estar las tres tomando cafecito, riendo de la vida y de las travesuras de sus gatos…

… Aunque nadie en el pueblo se acuerde de ella.

Claudia Ivette Varas Rubio, Coya, 2016

El sueño de Felipe

Érase una vez, un niño muy soñador y creativo llamado Felipe, quien todas las mañanas desde su colegio, veía pasar las bandadas de loros Tricahues en busca de su alimento.

Todos los días, él esperaba con ansias terminar su jornada escolar para poder observar nuevamente a los loros, que en la tarde ya se dirigían de regreso a sus cuevas. En especial, le llamaba la atención un pequeño lorito que se quedaba atrás de su bandada, mirándolo, y Felipe, mientras los veía desaparecer, pensaba en lo hermoso que sería volar a esa altura y ver los maravillosos paisajes que podrían existir hacia la cordillera.

Era tanto su anhelo por ver todo desde esa tremenda altura, que constantemente se imaginaba a sí mismo volando igual que los loritos tricahues y vivir todas las aventuras que pasaban diariamente estas aves. Así, Felipe pasaba sus días, dibujando a los loritos y hablándole a su mamá sobre lo increíble que era verlos volar y escucharlos cantar tan felices.

Una noche, Felipe se dispuso a dormir, y en sus sueños apareció aquel lorito que cada día detenía su vuelo para observarlo. El niño se emocionó tanto al ver al lorito que de inmediato le dice:

- Hola, ¡yo soy Felipe!, y tú, ¿Cómo te llamas?

Y el lorito respondió:

- Yo me llamo Pepito y soy quien siempre te observa cuando paso por tu colegio y después en la tarde cuando paso por tu casa, cuando ya nos vamos de regreso a nuestras cuevas.

Fue tanta la alegría de Felipe, que comenzó a contarle a Pepito sobre lo feliz que él sería si pudiera volar junto a ellos y ser como uno más de la bandada, por lo que Pepito le dice:

- ¡A eso vengo, Felipe!, a invitarte a volar para que conozcas mi mundo.

Felipe no podía creerlo y encantado aceptó la invitación del pequeño lorito.

Ya dispuesto a volar, Felipe le pregunta a Pepito:

- ¿Cómo voy a poder volar si yo no tengo alas?

- No te preocupes, yo te prestaré unas alas - le respondió Pepito.

Sin darse cuenta, Felipe tenía unas alas con un hermoso plumaje verdoso azulado. Al emprender el vuelo, Pepito le dice:

- Lo primero que verás es tu colegio y la Hidroeléctrica.

Luego divisaron el Álamo y Perales, entonces a lo lejos comenzaron a ver el río Cachapoal y Felipe estaba maravillado de ver el paisaje, de poder volar sobre las copas de los quillayes y ver las púas de los espinos. Felipe estaba tan feliz volando que, sin darse cuenta, Pepito le dice:

- Hemos llegado a mi hogar, donde vivo junto a mi familia y se llama Sierra Nevada.

En las cuevas esperaban a Pepito sus padres, abuelos y hermanos, quienes recibieron con mucha alegría a Felipe, en donde le contaron muchas historias.

Al despedirse, la familia de Pepito le dijo que siempre lo recordarían.

Finalmente, Felipe volvió volando de vuelta a casa muy feliz y asombrado de ver tanta belleza, en el alto Cachapoal junto a Pepito, sintiéndose como un loro tricahue más. Al despedirse, Pepito le dijo a Felipe que nunca lo olvidaría y que todos los días al verlo, lo saludaría desde las alturas para que Felipe supiera que serían amigos para siempre.

A la mañana siguiente, Felipe despertó tan feliz, ya que de alguna manera había podido cumplir su sueño de volar junto a los loros Tricahues.

Kevin Sepúlveda Díaz, Coya, 2017

Las mujeres de Callen

Cuenta la leyenda, que hace muchos, muchos años, existió una aldea en la zona cordillerana de la sexta región. Esta aldea estaba situada donde nace el río Cachapoal y era muy especial ya que era dominada por las mujeres. Las mujeres dominaban a los hombres, de tal manera que eran ellas, quienes mandaban en la aldea. Los hombres eran los encargados de hacer todo tipo de labores domésticas, como por ejemplo: cuidaban a los niños y bebés, cocinaban, se encargaban de traer agua a la aldea, de hacer el fuego cuando fuese necesario, de lavar y lo más importante obedecer la orden e instrucciones de las mujeres.

La aldea funcionaba de maravillas, gracias a las mujeres que sabían cómo hacer las cosas bien. Las mujeres eran inteligentes, bondadosas y muy astutas. Ellas agradecían al espíritu del "Callen" que siempre las guiaba. Realizaban una ceremonia privada, en donde se vestían distintas al día a día. Durante un largo tiempo, le bailaban y le agradecían al Callen por la salud, la comida y el bienestar de sus familias, ya que jamás nada les faltaba y todo marchaba bien. Era una aldea completamente feliz.

Desafortunadamente, un día en que las mujeres celebraban al espíritu del Callen, uno de los hombres llamado Cachapoal no aguantó la curiosidad y fue a ver qué estaban haciendo las mujeres dejando a sus pequeños hijos solos; miró por entre las ramas un largo rato. No le gustó nada lo que vio, pues pensaba que no era justo. Enceguecido por la rabia y el enojo, fue al río y llenó dos cestos con agua, se acercó a la ceremonia y la lanzó a la fogata. No escuchó, ni obedeció las órdenes de las mujeres, todo lo contrario, las golpeó, las lastimó y nada le importó. Los demás hombres escucharon el alboroto y fueron a ver qué ocurría. Muchos lloraron y se entristecieron, porque sabían que todo llegaría a su final, su felicidad y su tranquilidad acabarían para siempre.

Y así fue, el espíritu del Callen, al ver lo que ocurría se enfureció y dejó de ser un arroyo solitario, fue tanta su furia que comenzó a crecer y a

llevarse todo lo que encontraba a su paso, se llevó la aldea con sus casas, sus niños, con las mujeres y hombres, se los llevó a todos menos a Cachapoal quien fue desterrado a vivir de una forma solitaria hasta que muriera. Él al verse en aquella situación sufrió tanto que decidió entregar su alma al río que actualmente se llama río Cachapoal y que alcanzó una extensión de 165 kilómetros aproximadamente. En los días de invierno aún se puede reflejar esta tragedia.

María José Vera Cofré, Coya, 2017.

El puma y las historias de los papis

Muy triste y sola es la cordillera, con sus lomas, rocas, peñascos y quebradas. Muy triste y sola es la cordillera… pero a la vez es muy lindo porque viven aves y animales como el cóndor, el puma y el aire es fresco y puro. Las aguas que vierten de las quebradas son muy cristalinas y heladitas, el pastito verde de la montaña contrasta con la cordillera blanca y majestuosa, ese es mi pueblo de Coya.

Cuenta la mami Julia, que donde ella vivía en la subidita de "Los Maquis" del fundo Perales sentía el ladrar de los perros en las noches y el papito

Hernán decía: *"Debe ser el 'Lion' que anda con hambre. Vayan a acostarse".* Al fuego de un bracero y el calor de un mate, solo para los adultos, las tortillas de rescoldo pasaban de mano en mano y en el rescoldo, la mamita Julia enterraba unas cebollas para comerlas luego con limón y sal. Así comenzábamos a contar historias que la mamita Julia decía que habían pasado con el puma en la hacienda Perales.

Una vez, en marzo, mi viejo tenía muchos animales, al lado de la buitrera, cerca de laguna del agua fría. Se adelantaba el invierno y debían trasladar a las yeguas preñadas para que no las pillaran la nieve o para que sus crías no fueran atacadas por los pumas. Mi viejo subió por la placeta, en el bayo y vio varias yeguas preñadas cerca de la quebrada de Roque y trató de rodearlas con su hijo Juan, pero una niebla, les tupió el rostro y el viento no los dejo avanzar. *"Cúbrete, Juan"*- le dijo mi viejo y los dos buscaron un lugar preparado cerca del monte para refugiarse de la ventolera. Pasó un largo rato y el viento no paraba, tuvieron que desensillar y buscar refugio, ahí los pilló la noche y tuvieron que dormir cerca de unas rocas para protegerse del frio.

A la mañana siguiente y después de una noche muy nublada, despertaron muy de madrugada porque no tenía planeado quedarse fuera, no había avisado que se quedarían en el monte y andaban sin comida, sólo habían llevado algo de pan y una lata de jurel que comieron antes de dormir. Mi viejo muy de madrugada despertó a Juan. Mientras él veía las

bestias mandó su hijo a buscar agua en los choqueros y traer un poco de leña para el fuego. Juan, que siempre había recorrido esos lugares y los conocía como la palma de su mano, sin saber por qué ese día no bajó a la quebrada por la huella, sino que se fue haciendo camino y al subir a una roca, se encontró de frente con un puma.

Cuenta el Juan que los dos se miraron de pies a cabeza, un frío recorrió su cuerpo y no sabía qué hacer, solo se quedó como una estatua mirándolo fijamente y solo movía los ojos para observar sus movimientos, era muy grande y de color café. Sus ojos eran enormes y profundos, de un color azul fuerte, sus manos eran tremendas, sus patas largas y musculosas y su larga cola terminaba en un gran pompón café. Tenía unas heridas en su lomo y una oreja medio cortada. Deben haber pasado un par de segundos, que para el Juan fueron una eternidad, los dos se miraron y el puma dio un rugido al aire, dio la vuelta y corrió hasta perderse por unos litres hasta desaparecer. El Juan quedó pasmado, hasta que de un palmazo en el hombro lo activó mi viejo, y le preguntó *"¿qué pasó Juan? Te estoy esperando".*

Juan le contó lo que había pasado.

-Me topé frente a frente con el león papi, frente a frente- le repetía Juan.

- ¿Es verdad Juan? – le preguntó mi viejo que en un principio no le creyó.

Luego vio su cara y revisó las huellas huellas del lugar.

- *Sipo, papi es verdad.*

- *¿Y qué pasó?*

- *Lo que dije papá, me topé frente a frente con el Lion* – dijo Juan, quien después de un largo rato de llegar al ruco donde estaban las bestias y luego de tomarse un buen tacho de té logró recuperar bien el habla. Después le dijo a mi viejo - *Es noble el animal, papá. Yo lo miré, él me miró, yo lo respeté y él me respetó.*

Volvieron a la casa sin ninguna bestia, yo los estaba esperando preocupada y con un buen plato de cazuela, los vi de lejos y los salí a encontrar. Cuando llegué al lado de ellos, Juan solo me saludó y me tiró un beso, espueleo su caballo y siguió. Mi viejo me dijo: *"El hijo vio al Lion, estuvo solo frente a frente con él, éste no la cuenta dos veces, tiene más vidas que un gato".*

Se bajó del bayo y caminamos a la casa, porque venían muertos de hambre, como a la semana Juan recién pudo contar lo que le había sucedido y nos dijo: *"mami es verdad, estuve frente a frente con el Lion, yo lo respeté y el Lion me respetó a mí".*

Esas eran las historias que contaba mi mami Julia de cuando vivían en

Perales. Nosotros nunca supimos de que alguien haya visto al Lion. Se escuchaban historias de que había matado unos potrillos, pero nadie nunca más lo ha visto frente a frente. La mamita y el papito recibieron una platita de la venta de un terreno y compraron más yeguas, vacas y ovejas y vivieron en Perales hasta que el nuevo patrón los echó. Vendieron todos los animalitos y el tío Juan ya está grande, también tiene animales los cuida con su señora y no le tiene miedo al puma, porque sabe que los dos se respetan.

Alonzo Mella Abarca y Elisett Abarca Ordenes, Coya,2017

El loco Valdivia

Una tarde con mi familia, conversando de las historias de Coya, escuché de un señor que vivió hasta hace algún tiempo acá y me llamó mucho la atención, creo que le decían “El loco Valdivia”.

Este señor, según lo que oí y recuerdo, se llama Enrique Valdivia. Él fue una persona muy educada, alegre y simpático; cuando andaba bueno y sano, es decir, sin unas copas de más, ya que lamentablemente sufría una enfermedad llamada alcoholismo.

Él vivía en una caseta; como de guardia; que había en lo alto de la población Patio, desde donde salía a recorrer todo Coya partiendo por supervisores, la población A y B, el campamento central, el bajo, el alto, Bellavista hasta llegar al Álamo.

Una de sus características eran sus bigotes, que él mismo se hacía con un corcho quemado y todos los días se dibujaba bigotes distintos. Se hacia acompañar de su inseparable bolsa de malla en la cual andaban siempre llena de diarios, donde escondía su botellita de vino para la sed.

Otra característica de él era que sabía todas las noticias y copuchas que sucedían en el pueblo y a todo el mundo se las contaba, era el noticiero de Coya y aprovechaba sus viajes para repartir las cartas que llegaban al correo, así podía ganarse unos pesitos para comprar su cañita de vino.

Escuché también que, cuando los trabajadores que pertenecían a la mina El Teniente iban a cobrar su sueldo al campamento central, él también llegaba a recibir el suyo, el cual consistía en unos pocos pesos que con mucho cariño le juntaban los mismos trabajadores de El Teniente; a quienes él amistosamente saludaba - *¡Buenos días, Virutilla!* - en realidad a todos los hombres les decía así.

Enrique además, era muy educado y coqueto para conversar con las mujeres y algo que le molestaba era verlas mal arregladas, o sea, desordenadas, sin pintarse, etc. A lo cual les decía retándolas - *¡Anda a arreglarte, que te parecí a la muñeca del diablo… y así no quieres que el Virutilla te deje por otra!* - tiene que haber sido muy gracioso.

Y así pasó su vida recorriendo, día a día su Coya, llevando alegría y las copuchas infaltables por donde quiera que anduviera.

Hasta que un día de fiestas patrias, que se encontraba celebrando en las fondas; con su alegría y simpleza, bailando solo al centro de la pista como era su costumbre, se cansó y se fue a sentar con su inseparable amiga: la cañita de vino y su compañero de los últimos años: un perro chico que no recuerdo su nombre.

Fue tanto el cansancio y tal vez lo que había tomado que se durmió en una de las mesas de la fonda sin que nadie lo molestara; ya que todo el pueblo lo conocía por lo que lo dejaban hasta que se le pasara la mona, como dicen por ahí. Sin embargo, al transcurrir las horas llegando el momento de cerrar lo fueron a despertar para que se fuera a su casita, pero él no despertó, dándose cuenta las personas de la fonda que lamentablemente se había dormido, pero para siempre.

Cuando se supo la noticia de su partida, al otro día, todo el pueblo de Coya lo lloró y lamentó este hecho; quedando un gran vacío, Enrique hasta el día de hoy se recuerda con cariño y nostalgia.
Esta es la historia de un gran personaje - *¡Que descanses Enrique "Loco Valdivia"! -.*

Trinidad Vargas Donoso, Coya, 2017

El futbol de los animales

Había una vez un zorro llamado Rodolfo. A Rodolfo le encantaba jugar a la pelota, un día salió a la cancha a ver si sus amigos estaban jugando. Al llegar, se dio cuenta que estaba solamente su enemigo el puma Alexis, por lo que salió corriendo a buscar a sus amigos para jugar un partido contra el puma.

El zorro juntó al conejo Gustavo, al pajarito Valdés, al cóndor Héctor, a la lechuza Andrés y al pato Álvarez, que formaban su equipo.

Al llegar a la cancha el puma se dio cuenta del equipo del zorro Rodolfo y le dice, juguemos un partido y el que gana se lleva la copa.

El equipo del puma Alexis estaba la vaca Lola, el pato Juanito, el ratón Alexander, la liebre Ronaldo y el perro Sonrisa.

Al comenzar el partido el equipo del zorro marcó 5 goles y el equipo del puma solo 3. Todos querían ganar, pero ya no había más tiempo para hacer más goles y el equipo del zorro ganó.

El árbitro, el burro Luchito, al entregar la copa les dijo: “Lo importante no es quien gane, sino formar un lazo de amistad, hacer deporte y compartir”.

Y así fue como al final de todo siguieron siendo amigos y formaron un solo equipo llamado Alto Cachapoal.

Gaspar Andrés Valencia Bastías y Fernanda Bastías, Coya, 2017

Una pequeña aventura en la cuenca del Alto Cachapoal

En un lugar precordillerano, en la orilla de una gran cascada, bajo un nogal habita una colonia de hormigas, trabajadoras y esmeradas en recolectar los frutos caídos del nogal, los que almacenarían para el invierno que pronto llegaría. Un día dos integrantes de la colonia fueron invitados por la reina llamada Doris, quien junto a sus ministros se reunieron para debatir sobre una problemática que los aqueja desde siempre. El problema consiste que frente a la colonia hay una gran montaña que les impide ver más allá.

La reina Doris llama a las dos hormigas que había citado anteriormente, para informarles de la expedición que debían emprender en dos semanas más. Las dos hormigas llamadas Milton y René que son hermanos, uno carpintero (Milton) y otro navegador (René), propusieron a la Reina construir un barco y navegar río abajo para poder llegar al otro lado de la montaña. El barco se construyó durante dos semanas, fue construido con la mitad de una cascara de nuez, sus velas fueron adquirida en la fábrica de telas Arañongo, a cambio de diez moscas como pago. El piso de la cubierta fue hecho de cáscara de tralhuén, el mástil fue hecho de palos de Acacio.

Llegó el día de zarpar, toda la colonia se ubicó a orillas del río para despedir a nuestros dos navegantes. El hechicero de la colonia bendijo el barco y dijo a los navegantes: *"Vayan tranquilos, que el río los cuidará, el caudal es lento. Es otoño, no hay deshielo y no hay mucha lluvia".* Las dos hormigas juntas emocionadas partían al más allá, la emoción era total. René miró a la Reina y desde el barco le gritó: *"Mi Reina le prometo que regresaremos con buenas nuevas",* mientras Milton se despedía de toda la colonia.

Después de cuatro largas horas de viaje, llegaron a los pies de la gran montaña y en aquel pequeño valle pudieron ver que la vegetación era más intensa que del lugar de donde ellos venían. Milton dijo mirando a René: *"Ya es hora, vamos al barco y sigamos que no podemos parar".*

El caudal del río cada vez era más lento, venían río abajo, pero en ocasiones había que usar los remos. *"René estamos pasando, vamos a mitad de la gran montaña"* decía Milton, mientras René mojaba su cara con agua del río, *"pero mira a tu izquierda"* decía Milton, *"se nos une otro río y más allá otro más, esto es hermoso",* seguía diciendo Milton.

Ya era tarde y no había mucha luz y se debía descansar, la montaña quedaba atrás. Milton miraba a René y decía *"Mañana veremos que hay en este lado de la montaña y en este gigantesco bosque, buscaremos el árbol más grande, lo subiremos y miraremos este gran valle y mañana por fin podremos regresar a casa"*, *"¡Pero Milton!"* - exclamó René *"¿Cómo regresaremos a casa?, ¿Y en qué? Nuestro barco no subirá y caminando nunca llegaremos", "Tienes razón, dijo Milton" "La reina no dijo nada de regresar".*

Cuando las hormigas se preparaban para dormir sintieron muchos pasos que venían hacia ellos, los pasos eran rápidos y livianos de igual manera las hojas secas lo delataban. Milton en voz baja dice: *"escondámonos y a la cuenta de tres saltamos con nuestras lanzas", "Deben ser muchos" - dijo René, "pero no cederemos nuestra comida".*

De pronto un grito de guerra lanza René quien dice *"Ahora, ataquemos al enemigo, por muchos que sean no nos vencerán",* para sorpresa de ellos era un ciempiés que deambulaba en el bosque. Las hormigas lo

miran y le dicen *"¿Quién eres?"* apuntándolo con sus lanzas, el ciempiés asustado les dice *"Mi nombre es Chinguemanguera y ando algo perdido, y les pregunta "¿Ustedes quiénes son?, bueno yo soy Milton y él es mi hermano René. Milton le pregunta "¿De dónde eres?", "Yo vivo aquí en el bosque, salí a jugar y me perdí",* dijo el ciempiés.

Lo invitaron a su campamento a pasar la noche, para ayudarlo al otro día a regresa a su casa. Milton le hablaba del barco en el cual navegaban, y Chinguemanguera impresionado preguntaba y preguntaba. René le comenta que el barco lo dejaban bajo las raíces de los árboles, que se posaban junto al rio, *"Bkn",* dijo el ciempiés y les comenta que el bosque donde se encuentran es hermoso y tranquilo. Este bosque es de Cipreses, lo bueno que la vida aquí es tranquila y no hay peligro, mientras conversaban en la oscuridad se sintieron muchos pasos, más que anteriormente. Las hormigas tomaron sus lanzas nuevamente, René transpiraba más que caballo de bandido, Milton apuntaba hacia las hierbas, pero en fin eran los padres del chingue. Milton dijo *"¡Espera René, parece que son los padres del ciempiés!",* este último corrió y se abalanzó sobre los dos ciempiés, a quienes les dijo *"Ellos, las hormigas me han ayudado y me han dado de comer"* dijo chingue.

Los padres le agradecieron, estaban muy cansados, habían caminado mucho para encontrar a su hijo extraviado. Las hormigas se presentaron ante los padres a quienes dijeron cuál era su misión. El papá del chigue

sonrió y dijo: *"Este lado de acá es tan hermoso como de donde ustedes vienen, hoy si ustedes nos permiten acamparemos juntos, por la mañana les mostrare este valle".* La madre ciempiés dice *"debemos descansar, estamos todos cansados, mañana temprano subirán al Ciprés más alto y podrán ver el hermoso paisaje".*

Al otro día, papá ciempiés siempre alegre, les dice *"vamos al Ciprés que esta más allá, que es el más alto de este bosque, subiremos y miraremos desde la copa de este árbol gigante".* Milton toma su lanza y René le dice: *"Pero Milton, dejemos las lanzas aquí abajo".* Papá ciempiés les dice: *"Yo que soy más grande y rápido los llevaré a la copa de ese árbol, y podremos observar el gran valle".* Las dos hormigas sentadas en el lomo de papá ciempiés y en menos de una hora llegaron a la copa del ciprés, miraron y no podían creer tanta belleza, tanto río, tantos cipreses, tan hermoso paraíso terrenal. El ciempiés les decía: *"pregunten, que yo responderé"* a lo cual René pregunto: *"¿Todos esos ríos que se ven cómo se llaman?"* El ciempiés dijo: *"Aquel es el río Paredones, Cipresillos, Cortaderal, río Blanco, Pangal, y todos ellos un poco más abajo en la junta de los ríos forman el Cachapoal, que en mapudungun quiere decir el nombre de un cacique".*

Entre tanto la madre del Chinguemanguera junto a su hijo gritó hacia arriba: *"Papá, nos vamos a casa, que te valla bien con las hormigas, ¡Adiós!".* Papá ciempiés miraba a las hormigas y estas siempre pregun-

taban y no cansaban de maravillarse con tan hermoso espectáculo natural, cuando de pronto una fuerte estampida de animales hacía mover los cipreses que estaban al frente de ellos *"y eso ¿Qué es?, pregunto Milton".*

Papá ciempiés los miro y dijo: *"ustedes quédense aquí iré a mirar abajo a ver qué pasa".* Llegando a la mitad del gran ciprés, el ciempiés pudo observar que eran cientos de caballos los que venían, en aquel momento. Las hormigas asustadas en la copa del árbol miraban, pero no sabían lo que pasaba, pero ya se sentía como relinchaban los caballos, que eran muchos. Papá ciempiés subió nuevamente a la copa y dijo: *"René, Milton, no se asusten, son solo caballos"*, y en seguida volvió a bajar a la mitad del ciprés, Milton miraba a René y decía: *"Te dije que subiéramos con las lanzas, ahora sí estos nos atacan, ¿Cómo nos defenderemos?".*

Ya era tarde, la estampida estaba llegando al gran ciprés. Las hormigas desde la copa del árbol se aferraban a las ramas y miraban como los caballos pasaban por debajo de ellas, claramente no sabían que tan grande eran los caballos. Al ver seis animales que montaban seis caballos y veían como estos gritaban se preguntaban las hormigas: *"y estos animales ¿Cómo se llamarán?"* Ya el miedo quedo atrás y veían como la estampida pasaban".

En ese momento un ave muy bella se posó al lado de las hormigas, era un lorito, el famoso tricahue, que miraba también como la estampida pasaba. ¡René le miro y le gritó "*¡Oye tu loro! Escóndete que son muchos y si nos ven no podremos con todos".* El loro río y dijo: *"Ustedes pequeñines ¿Quiénes son?" "Somos René y mi hermano Milton, y tú ¿Cómo te llamas?" "Yo no me llamo, a mí me dicen El Brea",* contesto el Loro *"Y vivo en la lorera que está ubicada un poco más arriba de Chacayes, ando paseando y vine a ver a los caballos con sus arrieros" "Y... ¿Quiénes son los arrieros?"* Preguntó René *"Son personas, que trasladan sus animales de un lugar a otro y recorren estos hermosos valles".*

En seguida Milton pregunta: *"Y tú, ¿no te vas a casa?"* La Brea responde *"No, es temprano y quiero disfrutar esta mañana, creo mejor volveré a casa porque se está nublando y va a llover, aquí en el valle cuando llueve mejor ni les digo".* Comenzaban a caer las primeras gotas, las hormigas pedían auxilio al loro *"Bájanos por favor, y déjanos con nuestro amigo el ciempiés que estaba abajo a mitad del ciprés". "Tranquilos yo los bajaré, suban a mi espalda, afírmense y en dos segundos estaremos con su amigo".* De pronto papá ciempiés salió de debajo de una cascara de la rama del árbol y grito: *"¡Milton, René! ¡vengan escóndanse aquí!",* miró al loro y le agradeció por ayudar a sus amigos.

El Brea los miro y dijo *"mañana vendré a verlos, estas lluvias son intensas, espero encontrarles vivos, chao, amigos".* La lluvia fue cada vez más intensa, el cielo oscureció, los ríos crecieron, se escuchaban, truenos, relámpagos, se veían los rayos. Era un espectáculo de la naturaleza, muy hermoso. Ya debajo de la cascara de aquella rama René preguntó: "¿Y el barco? Y Milton dijo: "Vamos a amarrarlo antes que el río se lo lleve". Ciempiés los miró y dijo; "Les aseguro que su barco ya fue arrastrado por el río, quedémonos aquí que mañana temprano iremos a ver".

Ya oscurecía y la lluvia no paraba. Al amanecer las hormigas junto a ciempiés fueron a ver su barco, pero lamentablemente ni los árboles que se encontraban a orillas del río estaban, tristes los hermanos dijeron: "¿Y ahora qué comeremos? ¿Cómo regresaremos? No veremos más a nuestra colonia", entre tanto una pulga que salía por debajo de la tierra saltaba de alegría porque la lluvia ya había pasado, "¡Hola!, les dijo a los tres, mi nombre es Lucas y ¿Por qué están con esas caras de tristeza?" "Pasa que no tenemos comida", dijo el ciempiés y estas hormigas no saben cómo regresar a su hogar. Lucas bajó nuevamente a la tierra y sacó granos de mora, algunas semillas, y les convido. Nuevamente la felicidad llegó a nuestros amigos.

Al rato llega el Brea, quien sorprendido al ver a sus amigos con vida les dice: ¿Cómo pasaron la tormenta? "Si dijo Lucas aquí estamos todos felices y contentos". Ciempiés dijo: "Lo malo es que no sabemos cómo

hacer regresar a nuestros amigos las hormigas a su hogar". El Brea preguntó: ¿Y cuál es el problema?, hoy es una mañana primaveral y yo les puedo transportar".

Una vez más la felicidad fue total, las hormigas subieron al cuello del Brea, se despidieron de sus amigos y emprendieron el viaje de regreso a casa. El Brea preguntaba *"¿Dónde está su casa?"*, las hormigas le señalaron: *"Detrás de aquella montaña hay una cascada y junto a ella está el nogal en el que vivimos"* El Brea respondió *"Esa montaña se llama 'El Agujereado', más abajo esta la laguna del Venado, la cascada que está al lado de su colonia se llama 'El Chorro de la Vieja', la laguna que se ve al fondo, es la 'Laguna del Yeso', más allá están las 'Siete Tazas', ese túnel que se ve allí es la entrada a la 'Mina Juanita', y miren aquella hermosa laguna, esa es 'El Agua de la Vida'."*

Mientras viajaban arriba de una piedra el puma Mustafá saludaba al Brea: *"Saludos mi amigo"*, *"Hola, señor Mustafá"*, dijo el Brea. Ya un poco más arriba un pato silvestre se bañaba bajo una pequeña cascada. Desde lo alto, el Brea lo miró y le gritó: *"¿Cómo esta señora Pierlacuac?"* *"¡¿Qué andas haciendo por acá, Brea?!"* Le gritó el pato, el Brea se rió y siguió. Las hormigas no podían creer tanta belleza que les enseñaba, la cuenca del alto Cachapoal. Una vizcacha que comía hierbas fue saludaba también por el Brea, *"¡Hola, amigo Félix!"* gritó el loro, *"¡Hola Brea!"* gritó este último.

El loro descendió y paró a tomar agua junto a un pequeño arroyo que estaba al lado de su amigo Félix. Mira le dijo "*Te presento a mis amigas, las hormigas*" "*Hola*", dijeron , Félix las miró y les dijo: *"¿Para dónde van?"* "*Vamos a casa*" contestaron, venimos de un paraíso terrenal que nunca imaginamos poder conocer y gracias al Brea ya pronto llegaremos a nuestro hogar" respondió Milton.

Se despidieron de Félix y ya estaban a punto de llegar a casa cuando la reina Doris y la colonia observan al loro que venían con destino a ellos las hormigas sacaron sus lanzas para defender su hogar. Milton y René que venían arriba del Brea les gritaron ¡No, él es nuestro amigo y nos ha traído de vuelta! La Reina Doris junto a la princesa Mely corrieron a saludar a las hormigas que venían de regreso.

El ejército de hormigas guardo las lanzas y todas las compañeras fueron a recoger a estos dos expedicionarios que venían de vuelta y traían buenas noticias a su reinado. El Brea dijo: "me siento muy feliz de poder estar acá, gracias, mis amigos por haberles conocido y permitirme llegar a vuestro hogar, ahora me voy de regreso a casa y más adelante vendré a buscarlos para enseñarles lo hermoso que es Pangal, Perales, Termas, y un hermoso pueblo que se llama Coya.

A la memoria de mi padre y abuelo Ernesto Arauco Moscoso.

José Arauco Cerda y Darko Arauco Quiroga, Coya, 2018

El amor de Coya y el joven Pangal

Hace mucho tiempo, en las alturas del Alto Coya, allá por donde viven el zorro, el cóndor y el puma, dos pueblos muy unidos se vieron enfrentados por el amor de sus hijos. Coya, era una joven alegre amada por su padre, el gran Paredón, quien mantenía unidos a su pueblo con sus tradiciones.

El gran jefe Maipo era respetado por su fuerza y su valentía, cuentan que mató a 10 pumas solo con un cuchillo y una piedra. El joven Pangal, su primogénito amado por su pueblo, ya que veían en él, la misma valentía y sabiduría que tenía su padre y todos confiaban que sería un gran líder.

En una fogata llevaban sus más anhelados tesoros y los quemaban frente a todos, esta acción reflejaba en ellos no tener amor por cosas materiales. En esta ceremonia, los jóvenes cruzaron miradas y dejaron de verse como amigos, desde aquel instante sus almas sintieron que no se volverían a separar.

Coya era muy amable, bondadosa y respetuosa, atributos que para el joven Pangal, eran necesarios para ser buen líder, de la mano de la mujer que resaltaría sus más grandes valores y virtudes.

Desgraciadamente el padre de Coya notó el interés de su hija por el joven Pangal, que también correspondía sus sentimientos y comenzó a sentir celos de él, ya que su hija comenzó a prestar poca atención a sus obligaciones y su pueblo empezó a desconfiar de ella. Lo mismo le ocurrió al joven, nadie entendió que era normal lo que ocurría, el inicio de un verdadero amor entre almas gemelas. El padre de Coya en un instante pensó que si Coya seguía así iba a perder su liderazgo y él no lo iba a permitir, entonces la llamó haciendo una advertencia: le dijo que se alejara de Pangal, sin escuchar lo que su hija quería decir.

La joven estaba decidida a dejar a su amado y con ayuda de un amigo, el pequeño zorro, le envió una nota al joven enamorado que decía: "Nos vemos entre Clonqui y los Leones, al salir la luna".

Coya caminó rápidamente entre los peumos, boldos, culén y algunos espinos, su amigo, el leal zorro, iba a su lado entristecido por las lágrimas que la joven dejaba caer por sus mejillas. Sin embargo, no pudo hacer más que acompañarla. Al encontrarse frente a su amado, que la esperaba muy impaciente, entendió que no podía separarse de él.

La noche rápidamente se tiñó de negro y un frío viento comenzó a soplar, su amigo el zorro aulló y les dijo que debían refugiarse, ya que se aproximaba una fuerte tormenta blanca. Los jóvenes comenzaron a correr sin mirar atrás, ya que sus padres se habían enterado de su encuentro y los seguían muy cerca, la joven no paró de correr, pero la blanca nieve comenzó a caer y el frio era insoportable. Coya, comenzó a perder fuerza y cayó a una quebrada. Pangal, no pudo alcanzarla y ambos casi desfallecieron.

Le imploraron al creador del mundo que no los alejara, porque su amor era sincero y eterno. En ese momento ambas almas cambiaron sus formas humanas y se transformaron en dos grandes ríos que se unieron a la altura del pueblo de Coya para no separarse nunca más.

María Carolina Villar Gárate y Marta Gárate, Colegio San Lorenzo, Coya, 2018.

Los Apestaditos

Érase una vez una mujer que tenía cuatro pequeños hijos los cuales vivían en la localidad de Chacayes, esto fue alrededor del año 1915.

En el período de un tiempo, ella enviudó, su marido que había fallecido se desempeñaba como trabajador en una casona. Cuando el patrón se enteró de que este trabajador tenía una mujer tomó la decisión de ir en busca de la mujer y los pequeños para que estos siguieran cumpliendo con aquellas labores que su padre desempeñaba en aquella casona.

El patrón resultó ser tan malo e indolente con la mujer y sus hijos que, durante muchos años, la maldad de este era pan de cada día, la tortura que estos vivían constantemente era tan abominable, que los tenía sometidos a rigurosas y extensas jornadas de trabajo, de sol a sol. Así pasaron los años, cuando los niñas ya tenían 8 a 12 años. Un día, los niños empezaron a tener malestares, los cuales derivaban de una enfermedad extremadamente extraña para la época, les aparecieron manchas por alrededor de todo su cuerpo, les dio comezón y muchísimo dolor. Estas manchas fueron tomando un color muy particular totalmente negras y muy grandes.

Un día el patrón se dio cuenta que solo la madre estaba cumpliendo con el trabajo y que los pequeños no se veían por ningún rincón de la Hacienda, éste fue a preguntarle a la madre *"¿Por qué los demás no cumplen con el trabajo?".* Ésta le responde con un tono temerario, su cuerpo demostraba el notable miedo que le tenía: *"Mis hijos no han podido trabajar, porque se encuentran muy enfermos, ellos no son capaces ni de sostenerse en pie".*

Éste no quedó conforme con lo que la mujer había dicho. Tomó la iniciativa de ir a buscar a los niños para que trabajaran. Al llegar a la choza donde estos residían, notó que los cuatro estaban recostados y quejándose de los dolores que sentían. Entró al lugar y los obligó a levantarse y ahí fue cuando se dio cuenta que tenían el cuerpo lleno de manchas

negras. El hombre quedó asqueado con lo que vio y de forma inmediata quiso hacer que los inocentes niños desaparecieran de la tierra.

Se tomó unos días para pensar cuál era la forma más adecuada con la que podía terminar con el problema, llegando a la conclusión que la mejor forma de acabar con ellos, de manera rápida y sin dejar rastros, era matarlos. El patrón le ordenó a una cuadrilla de alrededor de unos diez hombres para que fueran en busca de los cuatro niños y los asesinaran. Los diez hombres aceptaron la orden que el patrón les dio y fueron por los pequeños, los arrancaron del lado de su madre, llevándolos a un lugar muy apartado de la parcela para cumplir con el cometido que les dieron, pero ninguno de estos peones tuvo la valentía de darle muerte a punta de bala los inocentes.

Si bien sabían que, si no cumplían con aquella orden, los que iban a terminar en la situación que se encontraba los niños, serían ellos, temiendo por las represalias de su jefe en contra de ellos, no tuvieron otra mejor opción que cavar un inmenso hoyo, en el cual metieron a los 4 hermanos. Ellos aún estaban con vida cuando los peones comenzaron a tirar tierra encima de los niños dándoles una muerte por asfixia.

Por otra parte, la madre salió en busca de sus retoños, pero fue demasiado tarde. Cuando por fin dio con los niños ya se encontraban fallecidos. Ella no pudo con aquel dolor tan grande que era saber qué de un

minuto a otro le habían quitado sus hijos y se los habían matado. Ella tomó la repentina decisión de ir al río Cachapoal y tirarse para así por fin acabar con su dolor y su vida, ya que, sin los niños, no tenía sentido seguir viviendo. Se quitó la vida y así le puso fin a su historia y a la de su familia, la cual estuvo marcada por la explotación y el maltrato al que los sometió su patrón, día a día y sin piedad.

Esta historia está basada en una vivencia real, la cual tuvo origen en un lugar llamado Chacayes que está ubicado en la Sexta Región del Libertador Bernardo O'Higgins. Hoy en día, existe una grutita llamada "Los Apestaditos", en veneración de esta historia donde las personas asisten a orar o sencillamente la visitan por curiosidad.

Las personas que la visitan le piden favores para que ayuden a sus familias o a un familiar que se encuentra enfermo y también piden por trabajo. Dicen que son muy milagrosos para conceder favores, las personas en forma de gratitud le llevan peluches a aquellos niños que fueron enterrados vivos.

Matías Damián Orrego Moreno, Colegio San Lorenzo, Coya, 2018

Mamá Chepa

Hola, soy Alexis, estudio en la escuela de Chacayes y les contaré la historia de una gran mujer: mi abuela, María Angélica, más conocida como "Chepita". Ella llegó a vivir a Chacayes, al sector de lo que ahora es la Reserva Nacional Río Los Cipreses, cuando tan solo tenía 3 años. Llegó a la casa de la tía Laura, quien se transformó en su querida mamá Laura.

La mami Chepa nunca fue al colegio, debido a que se tenía que quedar en la casa ayudándole a su mamá Laura, a hacer el aseo, lavar ropa y a cocinar. Por la última actividad, ella desde muy pequeña ha sentido

una fascinación especial. Ella dice que todo lo que sabe de cocina, se lo debe a su amada mamá Laura.

Creció rodeada de un ambiente familiar, sintiendo a sus primos como hermanos. Luego con el paso del tiempo, decidió casarse, a los 21 años con mi abuelo Jaime, que hoy en día se encuentra cuidándonos desde el cielo. Formó una familia de cuatro hijos, y además se hizo cargo de la crianza de Teresa, quien llegó a su lado a los 3 años, convirtiéndose en otra hija más. De esta familia surgieron 12 nietos y tres bisnietos.

La mami Chepa siempre se ha caracterizado por ser una mujer luchadora y de gran corazón, demostrando todo su amor, a través de la comida, brindándole un buen sabor a cada persona que llega a su hogar.

Es por eso, que en el año 2014 recibió el primer lugar en un concurso gastronómico en la categoría de autodidacta. Es gracias a ese premio, que en la localidad de Chacayes se celebra la fiesta del Charquicán, asistiendo personas de distintas comunas y regiones. Esto también permite que cada vez se haga más conocido este maravilloso lugar y dándole oportunidades de turismo y gastronomía a toda la localidad.

Su historia y su humildad la han llevado a recibir en su hogar a personajes televisivos de nuestro país, entre ellos Don Francisco, Pancho Saavedra y Carolina Mestrovic.

Hoy en día, vive en el sector de Corrales y con mucho esfuerzo puede atender en su rancho campesino a todas las personas que quiere conocer su historia de superación y sus maravillosas manos para cocinar.

Yo, siendo su nieto, me siento muy orgulloso de esta gran mujer, mi querida mamá Chepa.

Alexis Nicolás Silva Vásquez, Escuela Chacayes, Chacayes, 2018

En el Alto Cachapoal con la familia Moreno y sus apodos

Hola, mi nombre es José Agustín Antonio y les contaré las historias y apodos de mis tíos. La primera historia es la de mi tío Daniel (chico) y, ¿Saben por qué le dicen así? Yo les contare la historia de él.

Cuando él vivía en Santiago, en la misma población había un niño llamado igual que mi tío. Tenían los mismos años, solo que el amigo de mi tío era un poco más grande y para diferenciarlo, le pusieron a mí tío Daniel chico y al amigo Daniel grande.

La historia de mi tío Raúl (la Mula) fue en una baja de ovejas de la cordillera. Cuando se venían un amigo le dijo: *"yo te llevo la mula"* y empezaron a bajar de la cordillera, en el camino mi tata Alluya, le dice a Raúl *"¿Y la mula?"* y mi tío le dice que la trae su amigo. Al mirar para atrás y ver al amigo, se dieron cuenta que no venía con la mula, se le había quedado en el corral y desde ese momento le dicen "la mula"

La historia de mi papá (el Banana). En el colegio pasaba horas jugando a la pelota y se resbalaba igual como si hubiese pisado una banana, de ahí le pusieron su apodo.

La historia de mi hermana (Maggi), empezó cuando estábamos acampando y mi hermana Maggi estaba llamando a un perro que se suponía era un zorro. La Maggi le decía venga perrito y no era así, yo imaginé que le iba a decir: “venga zorrito” y le gustó, ¡Maggi, es un zorro! y salió arrancando del zorro.

José Agustín Antonio Valdebenito, Escuela Chacayes, Chacayes, 2018

Pepitas de Oro

Las festividades, en aquellos inolvidables días, eran siempre la mejor ocasión para reunir a toda la familia.
La casa de mi abuela, acá en Coya era el punto de reunión, como una especie de albergue o casa de veraneo, todos y todas teníamos un lugar allí. En su mesa nunca faltó el buen pan amasado con chicharrones, la mejor empanada de pino porque esta tenía queso, los sabrosos porotos con riendas y de las cazuelas ni hablar, eran una delicia al paladar.
Cuando el abuelo reunía a las decenas de nietos a su alrededor, era porque tenía algo que contar, seguramente alguna de esas increíbles y

fascinantes historias que no le costaba relatar; buscaba en su maletita amarilla un par de cachivaches, y se disponía a comenzar...
"Andaba yo adentrado en la mina, buscando una de mis tantas pepitas de oro –Mientras nos mostraba sus piedras muy brillantes que sacaba cuidadosamente de la maletita amarilla-, hambriento y cansado pero muy contento, porque traía conmigo la única pepita de oro que me iba a ayudar a demostrarle a todos que yo soy dueño de una mina, de una mina de oro, que es solo mía, una mina de verdad y que cuando sea rico todos ustedes tendrán casa y nada les va a faltar... caminaba yo animoso a paso firme, seguro y confiado, cuando de repente me doy cuenta de que no venía solo, alguien me seguía por detrás, me seguía tan de cerca que me empecé a apurar, pero mientras más apuraba el tranco, ¡más cerca estaba este animal! Seguro era un animal porque podía olerlo, podía oírlo, podía percibirlo, ¡era un león y me quería agarrar!
Comenzó a perseguirme y yo corría... y corría... pero, por más que corría, ¡el león más me perseguía! Pensé, "este cabezón debe querer mi piedrita, pero no se la pienso entregar". Era fornida la bestia, me quería atemorizar y me gritaba y me repetía - ¡Devuélveme mi pepita...!
- ¡No te la daré, porque esta pepita es mía!, yo era muy valiente, pero el león igual me perseguía - ¡Te comeré vivo y con la piedrita! - ¡No me comerás porque esta pepita es mía!

Corrimos un buen rato, pero a mí las piernas ya se me desvanecían. Me acordaba de mi pepita y corría... y más corría... -El abuelo jadeaba y mo-

vía sus brazos como si estuviera viviendo la escena misma-.
Fue allí donde después de hartos kilómetros de corrida, aparece en mi camino la salvación de mi vida, ¡era un inmenso chorro de agua!, que venía desde la cumbre más alta, desde muy arriba... parecía venir del cielo, ¡como que de allá venia!
Arriesgándolo todo, hacia el chorro de agua me conduje, sabiendo que el león, me seguía y me seguía. Le dije entonces con voz fuerte y provocativa.
- ¡Si eres tan fornido y tienes gran destreza, mejor ven por tu piedrita, no vaya a ser que la pierdas!
El animal se puso furioso y decidió terminar con mi vida, pero yo, siendo muy astuto y con toda mi hombría, me agarré de ese gran chorro de agua, para subirlo hasta arriba mismo. ¡Lo sujeté con todas mis fuerzas!, lo sostuve bien con las piernas, y sin importarme el agua, que estaba fría, comencé rápidamente a trepar hacia la misma cima. Yo apenas cargaba conmigo un bolsito, mi piedrita y harta valentía.
¡El león que es trepador por naturaleza se burlaba de mí y me decía — ríndete minero cobarde, te robaste mi piedrita! Pronto te daré alcance espera nomás que te persiga.
Yo no le hacía caso y velozmente subía y subía... me lanzó un gran zarpazo, ¡casi me agarra la rodilla!, ¡me tuvo bien por las cuerdas!, pero ni con eso... ¡yo jamás me rendiría!

Eran mis últimos intentos en esta travesía y con fuerza, empuje y ganas... tomé la mejor decisión que podía, de meter la mano en este bolsito, en el que siempre traía, para echar mis piedritas y demostrar que tengo una mina, hurgueteé por todos lados hasta encontrar mi cuchilla.

Bueno ni tan grande la cuchilla, era un cortaplumas, pero igual me servía. La sostuve firmemente y de forma muy decidida le di por debajo del chorro, por debajo de mis piernas desvanecidas, le di para atacar a esta bestia que sin ningún problema me lo esquiva, pero lo más impresionante es lo que sucede enseguida, cuando me fui dando cuenta que en esta hazaña defensiva le había dado el corte al chorro, ¡al chorro por el que yo subía! Y de esta forma muy violenta el león se desprendió, se sorprendió de mi proeza y por las aguas desapareció.

El león era bastante orgulloso, me dijo algo mientras se caía —¡¡Podrás quedarte con mi piedrita, pero jamás llevarte la mina!!

Esta parte de mi historia a mí nadie me la creería, de no ser por estas pepitas que tengo aquí en mi maletita amarilla, déjenme que se las muestre para decirles en donde está ubicada mi mina."

Ahí estábamos, todos los nietos atentos a descubrir este gran yacimiento, cuando se escucha un grito desde adentro, desde la cocina:
"¡No le crean nada a este viejo! ¡Siempre les cuenta puras mentiras!

¡Mejor ven a poner la mesa hombre, que ya está lista la comida!"
Mi abuelo entre risas y sonrojo le respondía sobre la misma, "Ya se está metiendo la vieja, no me deja contar que tengo una mina, que tengo una mina de oro y que sus piedritas son todas mías".
Cuando acababan las fiestas y regresábamos a la ciudad, era como dejar aquí un libro de cuentos deseando pronto volver a escuchar.
Mi abuelo se llamaba César, pero nosotros lo llamábamos "Agusto", o "El Contrerita" como también le decían, disfrutaba haciendo reír a chicos y grandes en este pueblo contando con mucha gracia las anécdotas de su vida. El interior de su maleta contenía todos sus tesoros, sus grandes riquezas o al menos eso nos decía... yo creo que tenía cuentos, los que se aprendía para entretenernos, sus buenas piedritas preciosas, los dulces y las paletas.
Cuando fue pasando el tiempo y a poco de su partida, "que se extraña" decía la gente, "al que nos alegraba el día..."

Ana Rozas Pérez y Efraín Palma Rozas, Colegio Bellavista, Coya, 2019

Un viaje hacia la Piedra del Contrabando

En un lugar del Alto Cachapoal, en aquella mina abandonada, la Llamada mina 'La Juanita', tres amigos como cada día solían reunirse para hablar y disfrutar en aquellos atardeceres de verano: un puma, un zorro y un cóndor, juntos los tres hablaban y reían hasta altas horas de la noche. Los arreboles en cada atardecer mostraban un espectáculo único en el cielo, donde los rayos solares tiñen las nubes de rojo. Era alzar la mirada hacia el oeste y disfrutar de este gran espectáculo natural, donde el sol se pierde. La brisa cordillerana emanaba ricos aromas de las hierbas silvestre que adornan los valles.

Cierto día ya de tarde, el puma vio por allá abajo a orillas del río Pangal a un perro que deambulaba río arriba, *-Oye ¿Dónde vas?-*, gritó el puma, el zorro lo miró y dijo *-Es un perro que se ve anda perdido-*. *-¿Oye tú?*, preguntó esta vez el zorro, *¿Estás perdido?-*.
El perro lo miró y le gritó, *-Claro que sí, estoy perdido-*. El cóndor emprendió el vuelo hacia el perro, una vez junto a él le preguntó, *-¿Cómo te llamas?, ¿De dónde eres?, ¿Estás perdido, acaso?-,* el perro asustado miró al ave, enseguida llegó el puma y el zorro para saber de este perrito que por lo que se veía llevaba muchos días caminando.
-Bueno, la verdad estoy perdido, pero muy perdido y no sé nada de mis amigos y extraño mucho a mi amo-, dijo. Los tres amigos se miraron y rieron a la vez. *-Oye tú perro por qué hablas de esa manera, tu acento es algo raro-*, riendo preguntó el cóndor. El perro ya algo molesto le dijo, *-Mira pajarraco, mi nombre es Macanudo, vengo de un pueblo muy lejano-. -¿Acaso eres familiar del ogro?-,* pregunto riendo el zorro, *-¿De qué ogro me hablas?-* preguntó Macanudo. *-Nada, es un chiste-,* dice el ave y el puma más serio le dice *-Acaso no sabes cómo llegar a casa-.*
-¡Claro que no!, mi casa está al otro lado de la cordillera, venía con unos jinetes y mis amigos, me extravíe siguiendo una estampida de animales que pastaban en aquel hermoso pastizal. Había además un río cristalino, muchas montañas rodeaban ese lugar y los jinetes con sus caballos y nosotros acampamos alrededor de una enorme piedra-.
-Para-, dijo el zorro, *-¿Acaso tú estabas en la llamada Piedra del Contrabando? -Si,* dijo Macanudo, *escuché varias veces a los jinetes decir que dormirían en aquel lugar y esperarían a unos jinetes de este lado de la cordillera-. -Pero ese lugar está muy retirado, dijo el puma, yo he estado un par de veces por ahí-.*
-¿Oye Macanudo, pero como te ayudamos, tú estás aquí en las ruinas de la mina La Juanita y llegar a la piedra del contrabando te tomará mu-

chas horas o tal vez días?-.
-Nosotros te llevaremos- dijo el cóndor. *- Si, solo debes subir al lomo del señor cóndor y en 10 minutos estás en aquel lugar-,* dijo el puma.
-A propósito, ¿Cómo se llaman ustedes?-, preguntó Macanudo. *-Mi nombre es Chacayito-*, dijo el zorro. *-¿Por qué ese nombre tan extraño?,* preguntó Macanudo. *-Pasa que nací cerca de un pueblo llamado Chacayes, por eso mis padres me pusieron así-. -Yo me llamó Leñador, dijo el puma, pasa que nací a orillas del río Las Leñas y desde pequeño me gustaba jugar con maderas secas, es por esto lo de mi nombre-. -Bueno, mi nombre es Juanito, dijo el cóndor. -Mira mejor tú no me digas nada,* dijo Macanudo, *apuesto a que naciste al lado de la mina la Juanita-. -¿Cómo adivinaste?,* preguntó el cóndor.
-Bueno dejémonos de nombres y ayudemos a que Macanudo llegue con sus amigos-, recalcó Leñador. *-Está bien, Juanito carga a Macanudo y llévalo a la piedra del contrabando-. -Pero este perro es muy grande, dijo Juanito, y no lo podré cargar-. -Debemos intentarlo, dijo Chacayito, en aquella roca despegarán y regresarás con los tuyos-.*
Nuestros amigos subieron a una piedra el cóndor abrió sus alas, como pudieron subieron a Macanudo a la espalda del ave, el perro tiritaba más que canasto con guatitas. *-Oye Macanudo,* dijo algo asfixiado el cóndor, *pasa que me estás estrangulando-.*
-¡Sufro de vértigo!, gritaba el perro aferrado al cóndor y con los ojos cerrados, comienza el conteo: *"a la una, a las dos, y a las tres",* se tira Juanito con Macanudo y de un tortazo caen al rio. *-Eres muy pesado-,* dijo Juanito. *-Pájaro boludo mira cómo me dejaste, debiera darte de trompadas-,* decía molesto el perro. Juanito ríe y le dice, *-Ahora te crees elefante-. -Ya, córtenla ustedes dos y regresen debemos intentarlo nuevamente-,* dijo Leñador. *-¡Estás loco!,* gritaba Juanito, mientras salía del río todo mojado. *-Oye Leñador, ¿Y si lo vamos a dejar dónde están sus*

amigos?-, preguntaba el zorro. *-Bueno, debemos ayudar a Macanudo-*, dijo el puma.
-Amigos yo no podré ir, dijo Juanito, estoy estornudando y no quiero resfriarme, regresaré a casa, seguro ustedes ayudan al perro este y lo dejan con los suyos.
-Oye Macanudo, ¿Cuándo regresan los jinetes tuyos a casa?, preguntaba Leñador. *-Esperaban a los de este lado de la cordillera para intercambiar mercaderías y creo el lunes venidero se irían de regreso-*, respondía el perro. *-Pero hoy es sábado, ¿Acaso tú crees que en dos días llegamos a esa tal piedra del contrabando?-*, preguntaba Chacayito al puma.
-Chicos yo me retiro, creo me estoy enfermando, dijo Juanito, *suerte y tu amigo Macanudo seguro llegarás con mis amigos, cuídense, bajen por el río Pangal, luego tomen el río las Leñas suban y… -Oye Juanito ¿Por qué no te vas ya?,* dijo Chacayito, *o acaso crees que no conozco el camino-.*
Se retira Juanito dejando a Macanudo junto a Leñador y Chacayito, quienes emprenden el viaje río abajo. *-Ya estamos llegando al final del Pangal, ahora debemos subir por aquel camino, y bordear el río para enseguida seguir río arriba, por el río las Leñas-*, dijo Chacayito. *-¡¡¡Oye che!!!*, exclamó el perro, *ya mis patitas no dan más, tú como eres un zorro puedes caminar mucho más que nosotros y no te cansas. -Pero, sí es verdad lo que dijo Leñador debemos parar y quedarnos esta noche cerca de los carabineros,* dijo el zorro. *-¿Cuáles?-*, preguntó Macanudo.
-Esa casita, donde se quedan ellos, se llama retén Las Leñas, además nos cuidan de los cazadores, recorren esta zona protegiéndonos y cuidando el orden y el medioambiente-, le explicaba Leñador a Macanudo.
-Ok chicos, durmamos bajo aquel ciprés y mañana continuamos, solo tenemos un día más- dijo el zorro.

Al otro día, temprano se levantaron los tres ya más repuestos fueron al río, bebieron agua y unos pocos pescados sacaron para tomar un buen desayuno y seguir el viaje hacia donde estaban los amigos de Macanudo. El viaje era largo, subida tras subida, bordeando el río las Leñas, mucho calor. De pronto muchos jinetes y perros pasan cerca de ellos, *-Escondámonos*, dijo Leñador. *-Son los de este lado seguramente que llevan mercadería para el intercambio con los míos-*, opinó Macanudo.
Chacayito algo molesto por la lentitud de sus amigos les dice, *-Bueno es que ustedes quisieron dormir y no caminar, ahora estamos fritos, seguro estos hacen el trueque y como dice el dicho, calabaza, calabaza... y tú Macanudo solo quedarás-.*
Macanudo muy cansado y sus ojos llenos de lágrimas, no podía hablar del miedo y dónde iba a quedar. *-Bueno,* dijo Leñador, *sigamos y no paremos, aún podemos llegar a tiempo, oye Macanudo creo que tus amigos se irán antes de lo previsto, pero ten fe que llegaremos-.*
Cada vez más cansados y sedientos se encontraban nuestros tres amigos, de pronto Juanito aparece y llega donde sus amigos: *-Hola, ¿cómo están?-,* pregunta el ave. *-Aquí vamos,* dice Leñador, *algo cansados, pero ya casi llegamos-. -Pucha llegué a la piedra, quise acercarme, pero unos perros como tú Macanudo me siguieron y me corrieron, eran muchos, pero saben ya casi llegan-,* les dice el ave. *-Lo malo de todo esto, es que los de este lado se reunieron con los del otro lado y creo se alistan para retirarse-,* les comentaba Juanito. El ave se retira despidiéndose nuevamente de sus amigos. Leñador y compañía apuran el paso por casi dos horas, en ese momento los jinetes de este lado pasan de regreso, a los 30 minutos después, nuestros amigos por fin llegan a destino, se esconden en unos arbustos para no ser atacados. De pronto la voz de un jinete que dice: *-Papá iré a ver a Macanudo por última vez. -Apúrate hijo tenemos que irnos a casa, el viaje es largo y es tarde,*

debemos esta noche pasarla al otro lado de la cordillera-. Entre tanto el joven llamaba a los 4 vientos gritando el nombre de su perro. Macanudo ve a su amo que, resignado, regresaba a montar su caballo para regresar a casa. Chacayito con un nudo en la garganta, Leñador toma a Macanudo lo abraza y se despide igual cosa hace el zorro. El perro ladró, corrió donde su amo quien se encontraba a casi 500 metros, este gritó, *-¡Papá espera, es Macanudo!* El joven se revolcó en los hermosos pastizales junto a su perro y jugaron por mucho rato. Los demás jinetes se alegraron de poder tener nuevamente al perro con ellos y qué decir de los demás perros, todos felices de poder ver nuevamente a Macanudo. Éste se alimentó y fue cargado junto al joven en su caballo. Ladrando se despidió de sus amigos que lloraban abrazados de emoción porque su amigo Macanudo pudo regresar a casa.

A la memoria de los jinetes chilenos y argentinos que intercambiaban mercadería en aquella enorme roca.

José Arauco Cerda y Darko Arauco Quiroga, Coya, 2019

El paraíso en la tierra

Érase una vez, en una gigante ciudad llena de autos, gente y muy ruidosa, una pequeña niña que añoraba cambiar su mundo. Antonia era su nombre, cada noche al acostarse comenzaba a soñar con un mundo perfecto para ella y sus amigos. En su mente ella idealizaba un valle con casas en la falda de los cerros, con vistas privilegiadas de un azul profundo del cielo, tan cercano a él, que sintiera como que tocaban las nubes; deseaba que este lugar, su lugar soñado, fuera vecino de cordillera para no perder de vista el blanco perfecto de su nieve, que tuvieses ríos que abrazaran cada costado con grandes y frondosos árboles de som-

bras gigantes que invitaran a descansar mientras el sonido inconfundible de las aves se hiciera notar. Este lugar debía tener tarde fresca para compartir en familia y con amigos con calles que bailaban recorriendo el pequeño pero cálido pueblo.

De pronto, una noche se levantó deprisa asustada por el ruido de un gran estruendo, somnolienta se acercó a su ventana, incrédula. Antonia no hacía más que sonreír pues al otro lado del vidrio, el viento impetuoso deja ver lo que la luz del día le regalaría. Cuando el sol se asomó lentamente, rayo por rayo la majestuosidad de un valle se dejó ver. Antonia estaba atónita no podía creer que el paraíso soñado existiera en la tierra, descalza corrió entre los árboles girando, danzando, de pronto un ruido desconocido, la conmovió, jamás había escuchado tal sinfonía y estaba dispuesta a encontrar su origen.

Siguió caminando hasta encontrar una ladera con un río de aguas cristalinas, el murmullo continuaba observó a su alrededor y pudo constatar que venía del agua, agua que caía rozando rocas, gota a gota formando un acorde majestuoso. Impresionada se tiró en el suelo mirando el azul del cielo, buscando alguna nube pero no la hallo, el firmamento era perfecto cerro sus ojos y espero, su mente que pocas veces descansaba, estaba en blanco, solo deseosa de escuchar y lo hizo, con sus ojos cerrados escucho la naturaleza que siempre quiso, el viento abrazando las hojas, silbando tratando de conversar con el río, quién impetuoso hacía

sonar sus rocas de manera sobresaliente, el aire puro inundando los pulmones de vida, parecía que detenía la respiración de Antonia en cada inhalación saboreando un insípido placer.

Cayó la noche y un manto de estrellas bordadas tapo el cielo -cuán afortunada soy- pensó Antonia sin siquiera imaginar la cantidad de estrellas que esa noche en brillaban para ella. Caminó lentamente para disfrutar el silencio, para sentir que el palpitar de su corazón, hacía música con su alrededor. De pronto a lo lejos diviso en lo más alto de un cerro un lugar propicio para registrar en su memoria, la vista del valle completo. Subió sin descansar y al llegar solo pudo llorar, era tal cual como lo había imaginado.

A lo lejos con vos dulce su nombre gritaban, era su mamá que la despertaba. Antonia solo soñaba, pero esta historia aún continuaba porque cuando cumplió 8 años dejó la ciudad, el ruido y las calles, conoció al fin, el pequeño paraíso que soñó.

Coya, ese es su nombre, pueblo emplazado en la cordillera que recibe con los brazos abiertos quién guste conocerlo. Mientras Antonia sigue planificando nuevas aventuras en su paraíso en la Tierra.

Antonia Paredes Carrasco y María de los Ángeles Carrasco, Colegio San Lorenzo, Coya, 2019.

El origen del Río Cachapoal

Había una vez un hermoso y colorido loro tricahue llamado Coya, el cual vivía en un risco en la cordillera junto a sus padres. Coya acostumbrada salir todas las mañanas, en busca de alimentos junto a sus padres y otros loros tricahue. Sin embargo, fue pasando el tiempo y también fue creciendo, fue cambiando sus intereses y en base a esto, deja de salir con sus padres y empieza a socializar con un grupo de loros tricahue que eran de su misma edad, se hizo de muchos amigos, al igual que de enemigos. Sus amigos eran Rodolfo y Beto que pensaban en todo sentido igual que su amigo Coya. Su enemigo era Jorge un loro muy musculoso envidioso y engreído.

En primera instancia Coya era muy amigo de Jorge, pero este lo comenzó a molestar a diario y a envidiar las cosas que tenía y su relación empeoró cuando llegó una hermosa lora tricahue llamada Chacayes al grupo, esto provocó que hubiera más rivalidad entre Coya y Jorge, debido a que ambos se habían enamorado de Chacayes.

Cuando ella pasaba enfrente de estos dos loros, ellos se paraban para sorprenderla, regalándole flores o comida e incluso joyas que se les perdieron los turistas que iban de paseo por el lugar. Un día se armó una discusión, porque Jorge le había dicho a Coya: *"Ella nunca estaría con un cobarde como tú".* A pesar de los intentos de Rodolfo y Beto para convencer a su amigo Coya de no prestarle atención a Jorge, este se abalanzó en contra de Jorge para derribarlo y mandarlo contra un arbusto. Después de esto, Jorge se levantó y voló lejos del lugar, porque le había dado miedo que Coya lo volviera atacar. Cuando Chacayes se enteró de que Jorge se burlaba de Coya por ser feo y flaco, ésta habla con Jorge y le dijo: *"Prefiero estar con Coya, que es de buen corazón, que contigo que solo crees que me enamoré de ti por tu físico"*, luego Chacayes emprendió el vuelo y se alejó del lugar hacia dónde se encontraba Coya.

Tiempo después Chacayes y Coya se enamoraron, tuvieron un hijo al cual llamaron Cachapoal, el cual los uniría a ambos siempre como familia. Después de un tiempo, cuando Chacayes y Coya eran ancianos, es-

tos no podían volar porque ya no tenía fuerzas, en ese tiempo se movían a través de un tronco que se encontraba tendido entre una parte de la cordillera y su hogar, en un risco pequeño. Un día de tormenta Coya decidió ir en busca de comida, al lado verde de la cordillera, en un arbusto, dejando a Chacayes sola, lo que él no sabía es que se acercaba un temporal de lluvia y una inundación debajo del risco en dónde vivía. Cuando Coya volvió se desesperó mucho ya que vio a su hijo en la parte baja del río y justo detrás de él vio una inundación. Lamentablemente este no pudo avisar a Cachapoal, quien fue arrastrado por el río, sin contar que las fuertes brisas del viento habían votado el tronco que unía el hogar de Chacayes y Coya con el cerro, dejando así separado a Chacayes y Coya. El río que arrastró al hijo de Coya fue llamado con el nombre de su hijo, Cachapoal y este río nunca más bajó su torrente de agua, dejando así separado a Coya y Chacayes.

Martín Antonio Quezada Meneses y Marco Antonio Quezada Gaete, Coya, 2019.

Cooperación
Acción
Liderazgo
Innovación
Dedicación
Adaptación
Diversidad